

BOLETÍN DE LETRAS

Número especial

Año 32, N° 64

2° Semestre 2017

ÍNDICE

Número Especial

Dossier de Poesía patriótica
Celebración de la batalla Maipú, 5 de abril de 1818
Tomados de *La Lira Argentina*, 1824

Poesía celebratoria de la batalla de Maipú	3
Miguel de Belgrano <i>Rasgo épico descriptivo de la victoria de Maypo</i>	4
Esteban De Luca <i>Canto</i>	18
José Agustín Molina <i>La jornada de Maypo – Octavas</i>	28

Copyright by EDICIONES FEPAL- M.T. de Alvear 1640, 1° piso E, Buenos Aires - Argentina.
Queda hecho el depósito de Ley 11.723.

Se permite la reproducción total o parcial del contenido de este Boletín, siempre que se mencione la fuente y se nos remita un ejemplar

ISSN 0326-8802

Poesía celebratoria de la batalla de Maipú

La batalla de Maipú (5 de abril de 1818) fue un acontecimiento central en las luchas independentistas argentinas, al asegurar definitivamente la libertad de Chile. Se escribieron entonces gran cantidad de poemas laudatorios. Presentamos ahora tres de ellos, de considerable extensión y detalle, coincidentes en el estilo encomiástico clásico.

El primero es de Miguel de Belgrano, quien nació en Buenos Aires en 1777 donde murió en 1825. Hermano de Manuel, fue primero militar en España, como él abrazó la causa de la independencia y escribió poesías patrióticas, destacándose la referida a la batalla de Maipú. Fue diplomático en Europa y Rector del Colegio de la Unión del Sur (ex San Carlos)

El segundo es de Esteban de Luca, nacido en Buenos Aires en 1786, y muerto en el mar en 1824 al naufragar la nave que lo traía de una misión diplomática en Río de Janeiro. Fue militar y participó en la defensa de Buenos Aires durante las Invasiones inglesas. Experto en armas, fue Director de la Fábrica de fusiles con el encargo de armar al ejército de los Andes. Como poeta escribió versos patrióticos, como su amigo Vicente López y Planes. Se destacan las referidas a las victorias de san Martín y el encomio a la muerte de Belgrano.

El tercero es de José Agustín Molina, quien nació en Tucumán en 1773, donde murió en 1838. Fue ordenado sacerdote y luego fue el primer obispo tucumano de la época independiente. Abrazó la causa criolla, tuvo cargos electivos y escribió algunas poesías patrióticas.

MIGUEL DE BELGRANO

Rasgo épico descriptivo de la victoria de Maypo

Quien lo dedica al excelentísimo señor don Bernardo O'Higgins, Director Supremo del Estado de Chile

Buenos Aires

¿Qué novedad, ¡oh, Dios!, el baluarte
con ruido estrepitoso nos anuncia?
¿Por qué del bronce de las altas torres
alegres ecos por doquier se escuchan?
¿Por qué brillan antorchas a millares
en el pórtico augusto? ¿Qué motiva
del libre ciudadano independiente
tan general aplauso y alegría?
Divina providencia, que constante
la protectora sois del suelo mío,
mi mente iluminad propicia ahora,
y en dignos versos cantaré el motivo.
Transportareme rápido a los puntos,
que son el teatro de la guerra insana,
do en sangrientos combates empeñados
veré a los hijos de la patria amada;
veré del patriotismo y el denuedo
ejemplos raros, que inmortalizara
la pluma de Marón, si conociera
del Sud independiente las jornadas;
veré a aquellos guerreros ciudadanos,
terror y asombro de la gente hispana,

cuyos heroicos hechos repetidos
al viejo mundo llevará la Fama,
asaltar valerosos y a porfía,
por caminos buscados con empeño,
los enemigos puestos, destruyendo
los concertados planes del ibero;
los veré cual arrollan denodados
al lancero jinete, que quisiera
restablecer el orden del desorden
en nuestra independiente y libre tierra;
los veré... mas, ¡oh, Dios! ¿cómo posible
me será referir aquella empresa,
aquella heroicidad digna tan solo
de dignos hijos de la patria nuestra?
Yo miro a San Martín de audacia lleno,
de valor, de constancia y de firmeza,
que al frente de la escolta que le sigue
parte de Talca, y a Santiago llega.
Allí del cuerpo de municipales
y próceres del pueblo se rodea,
y a su derecha puesto el digno clero,
les dirige la voz de esta manera:
“¡Amados compatriotas!, dispersado
nuestro ejército se halla; protegido
de las tinieblas solamente pudo
Osorio a tal estado reducirnos.
De municiones, armas y soldados,
de jefes y oficiales desprovisto,
para empresa mayor exijo ahora
dispongáis se me den nuevos auxilios;
ni un instante perdáis: vuestros esfuerzos
la patria salvarán. ¡Ánimo!, amigos,
que son los contratiempos los maestros
que enseñan a triunfar de los peligros:

en otras circunstancias al Estado
vacilante lo vi, cual ahora miro;
y en Salta y Tucumán Belgrano tuvo
la gloria de sacarlo del conflicto:
haremos mucho más; yo os lo prometo,
por pocos que podamos reunirnos;
que a los que libres por su patria luchan,
un número crecido no es preciso”.
“¡Ilustre vencedor de Chacabuco!,
el primer magistrado le responde,
manda, ordena, dispón como quisieres;
no quede en la ciudad ni un solo hombre;
de los bienes, alhajas y riquezas
usa tu voluntad. Salvar la patria,
y libres disfrutar la independencia
para nuestra ventura solo basta.
Cuenta con nuestro celo y nuestro empeño
en tus miras seguir: por mí te habla
el gran pueblo chileno, que se ofrece
en sacrificio por su amada patria;
pues antes que ceder, jurado tiene,
que a los contrarios, todos opondremos
en defensa tenaz de nuestra causa,
si faltan armas, los desnudos pechos”.
Dijo, y tomando con su propia mano
el Tricolor, al pueblo lo presenta;
al pueblo que, al mirarlo, en multitudes
acorre diligente a su defensa.
Cada uno, armado cual mejor pudiera,
su nombre daba... cuando de improviso
las vigías anuncian que no lejos
se avistan las partidas de enemigos.
San Martín presuroso va en persona
a indagar la verdad. “Oh, Providencia!,

en el momento exclama, son Balcarce,
Alvarado, Quintana y de Las Heras.
Con su auxilio y las tropas que han sabido
retirar en buen orden, yo os ofrezco
reorganizar en breve nuestra hueste,
para hollar la cerviz de los iberos”.
Al llegar los estrecha entre sus brazos;
y diligente al punto les ordena
que sin cesar trabajen noche y día,
amaestrando el soldado a la pelea.
A Balcarce confía los infantes,
a Freyre y a Zapiola, los caballos;
de Blanco Cicerón, Borgoño y Plaza
toda la artillería pone al cargo.
Al acendrado celo de tan dignos
expertos defensores pocos días
bastaron a poner a nuestros bravos
en el mejor estado y disciplina.
San Martín los revista; y al instante
se coloca a su frente, y se encamina
del Maypo a las llanuras, a do sabe
que el audaz español ya se aproxima.
Aquí a sus oficiales y soldados
los puestos les señala de la empresa,
y llevando a su lado el sacerdote
su deber de este modo les recuerda:
“¡Valientes defensores!, deslumbrado
el ibero en su dicha pasajera
hollar quiere la patria, colocando
sobre nuestros colores sus banderas:
volemós a arrancarlas prontamente;
rompamos en sus manos las cadenas,
que al Estado de Chile le prepara,
y al Sud independiente en consecuencia.

De vuestro varonil constante brío
la patria, amigos, su salud espera;
sean pues vuestros brazos a porfía
su amparo, su sostén y su defensa.
Desarmados por siempre los tiranos
nuestras leyes respeten y obedezcan;
y disfruten también, si se hacen dignos,
los beneficios de la independencia;
que así del orbe las naciones cultas
convencerse sabrán por nuestros hechos
de que, si a los malvados destruimos,
a los hombres honrados acogemos.
Y vos, en tanto que a la lid marchamos,
digno ministro, dirigid al cielo
las fervorosas súplicas, que pueden
más que las armas darnos el trofeo”.
-“Marcha, valiente general, le dice
el sacerdote de entusiasmo lleno,
la victoria te anuncio en este día
en el nombre del Dios de los ejércitos,
en el nombre del Dios de nuestros padres
que detesta los crímenes horrendos,
con que a la sombra de su santo nombre
los iberos mancharon nuestro suelo.
Parte veloz; mas antes que al gran cuerpo
del enemigo embistan tus guerreros,
unos pocos destaca a que triunfen
de aquellos escuadrones, que allá veo.
Elegidos por bravos los envía
Osorio de vanguardia, y a tu encuentro.
Pruebe pues su bravura lo que puede
con la ayuda de Dios el brazo vuestro”.
Dijo, y al punto del clarín resuena
la voz tremenda que al combate llama;

y la espada empuñando los patriotas
a rienda suelta parten. Las descargas
del fusil y cañón, que les asestan,
ni los arredran, ni los desbaratan;
que antes bien acometen tan unidos,
que las contrarias filas desparraman;
y con tanto tesón, con furia tanta
los aceros esgrimen, que tendidos
en aquel mismo instante y sin aliento
en el campo se ven trescientos cinco.
Vosotros, granaderos a caballo,
mandados por Medina y Escalada,
bien sostenidos del audaz Zapiola,
ejecutasteis tan brillante carga;
vosotros que ya habíais de antemano
con vuestro capitán Cajaravilla,
siendo solo sesenta, destrozado
doscientos de las tropas enemigas.
Ya el fuego más atroz y destructivo
entre tanto Martínez, y Alvarado,
que la izquierda defienden, sostenían
contra los elegidos del contrario,
que en columna cerrada sobre ellos
a la carga vinieran denodados;
mas Borgoño feliz con sus cañones
logra desordenarles los caballos.
Vacila nuestra línea unos momentos;
también nuestros infantes retroceden;
y conseguir no pueden contenerlos
ya los esfuerzos de sus bravos jefes.

San Martín que lo observa: “Presuroso
parte Guzmán, le dice, y a Quintana
ordénale en mi nombre, que proteja

a nuestra infantería, que desmaya”.
Llega veloz Guzmán; y al punto mismo
Quintana, que comanda la reserva,
con Thompson, con Ribera, Conde y López,
arrojando centellas se presenta.
Al enemigo atacan valerosos,
a la línea sirviendo de modelo,
que impulsada de nuevo, se revuelve
a los contrarios con mayor esfuerzo.
Freyre carga también con sus caballos
de escolta, y cazadores, que debieran
ya la acción decidir, si de Fernando
no fueran estas tropas tan guerreras.
Mas firmeza, valor, ánimo y brío
ostentan a la vez, y con coraje
nunca visto se atreven a ofenderlos,
aún revolcados en su propia sangre.
El combate más fiero y más reñido
se traba cuerpo a cuerpo; no, no es dable
prever cuál de los dos por más valiente
será el dichoso que el laurel arranque.
Mezclados los patriotas y realistas
a porfía se exceden en proezas;
se hieren, se maltratan, se destruyen,
y en lucha tan feroz ninguno ceja.
Mas los infantes de la patria
al cabo, que el brigadier Balcarce dirigiera,
con esfuerzos constantes, de los bravos
el puesto arrancan a la bayoneta.
Cubierto de cadáveres el suelo
en roja sangre se le mira tinto;
y ya la patria su laurel ciñera,
si el enemigo fuera menos listo;
pero en masa y buen orden se retira,

los golpes de los sables resistiendo
al callejón de Espejo; y denodado
para la nueva lid ocupa un cerro.
Aquí apura del arte los recursos,
despliega Ordóñez toda su pericia,
y a sus tropas dispone de tal modo,
que a los choques y embates se resista.
Muy en breve O'Brain a los infantes
de la patria de Arauco, y otros cuerpos,
de San Martín a nombre que lo manda,
les ordena que embistan aquel puesto.
En columna cerrada lo ejecutan,
arrostrando los fuegos arma al brazo,
y a pesar de los muchos que perdieran,
no logran los realistas dispersarlos;
una, dos, y tres veces en la cima
trepados se ven ya; pero otras tantas
los obliga a bajar el enemigo
por un fuego horroroso de metralla.
San Martín, que los mira vacilantes,
cual rayo de una nube desprendido,
a la altura se arroja acompañado
del primero y segundo de Coquimbo;
y con tanto valor, constancia tanta
arremeten los puestos enemigos,
que en muy breves instantes sus aceros
más de mil cuerpos tienden en el sitio.
El resto, de pavor sobrecogido,
el arma arroja, con que herir solía,
y en humilde postura: “¡Patriotas!,
perdonadnos, exclaman, nuestra vida:
por vuestros padres, que también son nuestros,
no queráis por más tiempo maltratarla;
por el Dios que adoramos lo pedimos,

lo pedimos también por vuestra patria;
que, mientras respiremos, nuestros brazos
no se emplearán jamás en daño vuestro,
a pesar del injusto y despiadado tirano
que lo exige con empeño”.

Conmovidos al ruego, los valientes
defensores al punto se desarman;
la mano alargan a los ya rendidos:
y el general en jefe así les habla:
“¡Desdichados!, jamás fue nuestro intento
vuestra sangre verter; el insensato
déspota, que os envía, con sus hechos
atrocés nos impele a ejecutarlo.

Él quiere que por fuerza a su ominoso
yugo nos sometáis; y todo cuanto
al éxito conduzca os lo permite,
aunque a Dios y a los hombres es contrario;
es en esta virtud... mas ya que nuestra
compasión imploráis, tened la vida;
y no olvidéis jamás que os la conceden
los mismos, que arrancárosla debían.

¿Quién de vosotros es, pregunta luego
San Martín a los jefes que allí mira,
el denodado Osorio?”. –“Ya tiempo hace,
Ordóñez le responde, que camina
con doscientos caballos escoltado,
su vergüenza a ocultar; despavorido,
yo mismo le miré, que se fugaba
al solo amago de tu brazo invicto”.

-“¡Yo le sabré buscar dentro de Lima!,
contesta San Martín, tu esfuerzo y brío,
Ordóñez malhadado, de mi afecto
y de todo mi aprecio te hacen digno:
tu espada guardarás; tus oficiales

la guardarán también entre los míos;
que, acabada la lid, mi patria sabe
respetar el valor de los vencidos”.
Después, mandando que sus tropas todas
en un cuadro se formen, en el circo
de oficiales y jefes se sitúa,
para mejor de todos ser oído.
“Parte con diligencia a Buenos Aires,
a Escalada le dice, y al Supremo
Director del Estado le presenta
las constantes insignias del trofeo:
el parabién le da de la victoria
una y mil veces en el nombre mío
y de toda la hueste, que, a su ejemplo,
por conservar el orden ha vencido.
A tu cuidado, Paroissien, confío
los heridos extraños y los nuestros;
que de tu celo y caridad bien pueden
prometerse en su cura buen suceso.
De los bagajes, armas y cañones,
de los caballos y demás pertrechos,
tú, Dable formarás el inventario,
que a Aguirre entregarás; y tú, Centeno
dispondrás los auxilios necesarios
a nuestros esforzados prisioneros,
que pasan de tres mil, y de oficiales
se cuentan además casi doscientos.
La caja militar, que hemos ganado,
en las manos pondrás del tesorero;
y harás que un batallón se ocupe
al punto en abrir los sepulcros a los muertos.
Tú en el diario, Marzán, de la campaña
prolijo anotarás, y con esmero,
de nuestros compatriotas aguerridos

los nombres, las proezas y los hechos.

Y vosotros soldados valerosos,
oficiales y jefes, cuyo esfuerzo
en menos de seis horas vencer supo
a más de cinco mil bravos iberos,
a mis brazos llegad... y prosternados
al supremo Hacedor del universo,
confesad que debemos la victoria
a la alta protección del justo cielo.
El himno augusto de la patria en tanto
entonemos también... pero, ¡que miro!
¿Vos, señor, en el campo de batalla?
¿Las mortales heridas no han podido,
valiente O'Higgins, contener el celo
con que siempre arrostrasteis los peligros?".
-“Basta ya, San Martín, -responde O'Higgins,
echándose en los hombros de su amigo-,
el estado de Chile por dos veces
su libertad te debe: me glorío
yo, que te vi triunfar en Chacabuco,
de verte triunfar ahora en el Maipo;
ven pues a reposar unos instantes
en el seno de un pueblo agradecido,
que sabrá conservar tu gloria y nombre
en sus presentes y futuros hijos”.
Calla; y en breve de Santiago toman
el camino, que encuentran obstruido
con carrozas, literas y caballos,
con mujeres, con hombres y con niños,
que cubriendo su paso de laureles,
con respeto y ternura repetían:
“La patria, San Martín, y los valientes
que nos han libertado ¡vivan! ¡vivan!”.

Escalada entretanto, que partiera
presuroso del lado de su jefe,
traspone las montañas de los Andes,
y a Buenos Aires viene diligente:
a Buenos Aires, que se hallaba entonces
de temor y esperanzas combatido;
mas, antes que ceder, resuelto siempre
a hacer de su existencia el sacrificio;
a Buenos Aires, do los sacerdotes,
y vírgenes sagradas al Eterno,
en ayuno y cilicio, por la patria
en público gemían, y en secreto;
a Buenos Aires, que la cuna ha sido
de nuestra libertad, el emisario
ya se acerca; ya se oyen los chasquidos;
ya veloz se le ve sobre el caballo.
Llega, y el pueblo, que en sus manos mira
de la cierta victoria las señales,
se transporta de gozo... y manifiesta
su gratitud al pie de los altares.
Del general contento y alegría,
del ruido de campanas que percibo,
de las luces que brillan, y las salvas
ésta la causa es, éste el motivo.
¡Triunfantes compatriotas aguerridos!
¡Firmes columnas de la independencia!
¡Modelos de la unión más acendrada!
¡Libertadores de la patria nuestra!
¡Héroes de Chacabuco y del Maipú!
¡Terror y asombro del feroz ibero!
¡Mortales esforzados que supisteis
inmortales hacer los nombres vuestros!
¡Dignos chilenos! ¡Dignos argentinos!

Conservará la historia para ejemplo
en sus anales las proezas todas,
que el valor, y la unión os sugirieron.
La patria se gloria; el ciudadano
lágrimas vierte de contento lleno;
y en regocijo el Huésped
os tributa su justa admiración, y su respeto;
la santa Religión, reconocida
os cubre con su manto; los guerreros
del séptimo Fernando, encadenados,
a su pesar admiran vuestros hechos.
Gime el Virrey de Lima pesaroso
mil veces su proyecto maldiciendo;
prevé las consecuencias... y temblando
no sabe qué oponer a vuestro esfuerzo.
¿Hay mayor gloria pues? Habéis vencido;
y con vuestra conducta demostrado
que la unión, el valor y la obediencia
salvarán a la patria de tiranos.
Si éstos los medios son para que en breve
de la paz disfrutemos los halagos,
y el Sud independiente americano
de nación respetable suba al rango,
¡oh, amados compatriotas!, firmemente
en amistad unamos nuestros brazos,
a los cielos y tierra presentando
el cuadro más feliz... pueblo de hermanos.

Y con mayor empeño desde ahora
obediencia y respeto tributemos
al Director Supremo del Estado,
a las autoridades y al Congreso;
que así podrán un día nuestros hijos,
llenos de gratitud, y de respeto,

al recoger el fruto sazonado
del orden, que plantamos con empeño,
exclamar: ¡Oh, gran Dios!, si venturosos,
e independientes somos en el suelo,
a la unión, al valor, y a la obediencia
de nuestros buenos padres lo debemos.

ESTEBAN DE LUCA

La Secretaría de Estado en el Departamento de Gobierno al vencedor de Maypo

Canto

Hic uir, hic est, tibi quem promitti saepius audis.
Virgilio

Allá en la cumbre de los altos Andes
sobre región de nieve sempiterna,
donde más brilla el luminoso Febo,
la América inocente colocada
domina al orbe; asiento majestuoso
le dan las cimas de elevados montes.
Hoy es su trono mole tan soberbia,
que servir pudo en el osado intento
de escalar el Olimpo a los Titanes;
trono que incontrastable simboliza
el que firme sus hijos le han alzado
sobre la base de justicia santa.
Allá del polvo vil y las cadenas,
en que la hizo gemir el crudo hispano,
la levantaron sus ilustres hijos
en las alas del Genio poderoso.
Hoy repartido en trenzas su cabello,
ornado el cuello de nevadas perlas,
puesto al hombro el carcaj de flechas lleno
de tersa y fina plata fabricadas,
el arco tachonado de diamantes,

los pies cubiertos con sandalias de oro,
hija del sol y de tesoros llena,
como virgen del mundo resplandece
sobre las tres matronas respetables,
la África, la Asia y la ilustrada Europa.
De un polo al otro a descubrir alcanza
la extensión toda de su vasto imperio;
no mira en tanto las cavernas hondas
de sus montañas, los inmensos bosques,
los torrentes y ríos caudalosos,
que atravesando fértiles llanuras,
corren a enriquecer el oceano;
un cuadro más grandioso y más terrible
su vista ocupa, el solio vacilante
del monarca español, que enfurecido
impele al mar las huestes sanguinosas
con que intenta oprimir el suelo indiano.
En sus semblantes retratados mira
todo el furor y rabia carnícera
de Pizarro y Cortés... ¡Ah!, que en su seno
hondamente gravadas permanecen
las atroces heridas, que inundaron
de sangre el trono de los dulces Incas,
de Moctezuma en México opulenta.
Por todas partes a sus dignos hijos
rompiendo mira el yugo del hispano;
el grito universal de la venganza
contra tres siglos de opresión indigna,
el ronco son del bélico instrumento,
el horrísono estruendo de las armas,
que los ecos dilatan y repiten,
en confuso rumor resonar hacen
la bóveda celeste, el patrio suelo
retumba todo: Libertad o muerte.

El fuego, el hierro, los paternos lares
arrasan, yerman... mas su vista fijan
los campos que ilustró con sus victorias
el hijo renombrado de la patria,
que en los duros trabajos de la guerra
las belicosas huestes ejercita
que habrán fama gloriosa de invencibles;
ve al héroe San Martín, ve a Chacabuco
donde muy más que invulnerable Aquiles
ató a su carro al español feroce.
No ha escarmentado su ambición insana,
y otra vez vuelve, y el visir de Lima
vengarse aún cree de la pasada afrenta.
Desde el alto dosel, que rojo dice
la sangre que inocente lo ha teñido,
reuniendo a los bárbaros sayones
que de Hesperia vinieron, les ordena
surcar en breve el piélago anchuroso
y abrasar y destruir el altar santo
en que la dulce patria es adorada.

Del Pacífico mar la espalda oprimen
preñadas naos de armada soldadesca;
mas ¡oh, presagio! el indo sacerdote
ve entonces desde el seno de las aguas
levantarse a los cielos una nube,
de sanguíneo color y vasta mole;
al sol, que va marchando hacia el ocaso,
ella se opone cual barrera inmensa.
Pero agitando su diadema de oro,
él la entreabre, la rompe y desvanece,
y con radiante faz se precipita
en las salobres cristalinas ondas.
Consultado el oráculo declara

prodigio tal en pro de los indianos.
Del rico Chile ya la playa abordan
entre salvas y vivas los iberos,
y el nombre invocan de su rey Fernando,
como el de un dios, idólatras feroces.
La griega mole en la funesta noche
que a sangre y fuego pereció el troyano,
no arroja de su vientre gente tanta
como cada una de las fuertes naves
que transportó las huestes enemigas.
La voladora Fama anuncia luego
a San Martín, que crueles invasores
el suelo pisan que en unión juraron
defender los chilenos y argentinos.
La nueva hace saber a las legiones
del ejército patrio su caudillo.
“Los tiranos, les dice, ya se acercan,
veréis en breve más tremendo Marte
mayor será la gloria, más laureles
en el campo de honor alcanzaremos”.

Osorio avanza, el adalid famoso
en quien confía el opresor Pezuela;
marcha veloz hasta avistar osado
el ejército unido de la patria;
el Maule pasa, y su altivez se aumenta.
¡Infundada soberbia! ¡Vano orgullo!
Sus corrientes no son cual las del Janto,
que rebosando el anchuroso cauce,
furiosas detuvieron a los griegos,
cuando iban a sitiar la antigua Troya.
No de muy lejos los patriotas miran
cubrir el cielo nube polvorosa
que levantan las huestes del contrario;

ya escuchan el rumor de los clarines
con que a explorar se avanzan los jinetes,
ya San Martín sobre el bridón fogoso
discurre proclamando a los soldados
del ejército patrio, y de su pecho
llevador de trabajos, comunica
el fuego generoso que en él arde;
ya la jornada militar ordena
en que al contrario observa, y lo fatiga
con amagos marciales repetidos.
Los pacíficos dioses, que presiden
a los valles y fértiles comarcas
del abundoso Chile, se refugian
al libre Arauco, al oír que fiero ruge
herido el león soberbio de Castilla.

El ejército unido y el contrario
sobre Talca se ven al tiempo mismo
que el sol va a sepultarse en occidente.
Sucede el negro imperio de la noche;
cubre toda la tierra; y el caudillo
vigilante y activo varios planes
medita en su alta mente; el jefe hispano,
que las fuerzas conoce de la patria,
y su arrojo y bravura, desconfía
de su poder furioso y agitado.
Como el redil acecha el tobo hambriento,
que en tempestuosa noche sed rabiosa
de sangre lo devora y se embravece;
así se halla el hispano, y en mil iras
se abrasa por destruir la indiana hueste.
La luna con su giro silencioso
la noche acompañaba, iluminando
con su argentada llama a los mortales:

ningún signo fatal, ningún agüero
pudo anunciar el mal que preparaba
la astucia del ibero a nuestras fuerzas.
A Hécate invoca y a los dioses todos
que en las nocturnas sombras dan auxilio
al mortal despechado; bruscamente
el patrio campo ataca; al arma, al arma,
prorrumpen los soldados, y a batirse
y a defenderse corren; mas es vano
su impertérrito brío; se confunden
el amigo y contrario, y retirarse
a las aliadas tropas es forzoso.
El bravo San Martín a mil peligros
se arroja reuniendo a los soldados,
que se dispersan por distintas rutas.
Como cuando el leopardo se ve herido
por la turba de diestros cazadores,
las iras reconcentra, y poderoso
por los venablos rompe, y se abre paso;
no de otra suerte San Martín valiente
atropella las haces enemigas,
y del campo se aleja con los restos
que la adversa Fortuna ha perdonado.
Infatigable siempre, noches, días
lo ve el pueblo chileno cual invoca
el nombre de la patria, sus derechos,
y la gloria, y el brillo de sus armas;
a voces tau sagradas, que en sus labios
adquieren mayor fuerza, se reúne
el ejército aliado, y se rehace.
Del Maypo a las llanuras se dirige,
y arde en deseos de volver en llanto
y luto la soberbia del ibero,
que cual engreído Jerjes se aproxima;

como plagas fatales sus columnas
se mueven arrasando las campiñas,
hasta acercarse rápidas al campo
del ejército indiano; ya se avanzan,
ya amagan, se retiran; nuestro jefe
sobre él resuelto marcha... La sangrienta
batalla va a empezar: Caliope sacra,
inspírame propicia digno canto
con que pueda pintar heroicos hechos.

El horrísono bronce ya retruena,
y lejos lanza de una y otra parte
la muerte horrible; Marte sanguinoso
rechinar hace el carro de la guerra.
Al frente San Martín de sus legiones
da ejemplo de valor, y les ordena
un terrible silencio, que interrumpe
el estruendo tan solo de las armas.
Unidas marchan las indianas huestes
contra el hispano, que en horrendo fuego
inflamando sus líneas, las recibe;
mas el jefe ha ordenado, y nada puede
la carga detener con que se avanzan
a destrozar las fuerzas enemigas.
El valor frío, la constancia asombra
de los patriotas; aún está encerrado
en su mosquete el rayo de la guerra,
aún no hacen uso del cortante acero,
a pesar de que muchos ya regaron
con su sangre la tierra, y muertos yacen.
Pero llegó el momento de venganza,
¡homicidas feroces! Como suelen
estrellarse las olas montañosas
del conturbado océano en los muros

de la soberbia Gades, derribando
grandes masas; así nuestros campeones,
entre el fuego y el humo acometiendo,
destrozan, talan, queman y derriban
cuanto al impulso fuerte se le opone
de la terrible aguda bayoneta.

De los infantes el sangriento choque
auxilian los jinetes, arrollando
las enemigas lanzas; corvo el sable
fulminan, rompen sólidas columnas,
que en contra forma la española gente.
Los duros callos del fogoso bruto
la tierra baten, pisan y destruyen
truncados cuerpos, miembros palpitantes.
La lid está dudosa, se enfurece
alecto entre millares de guerreros;
la ibérica falange se reúne,
y a cargar vuelve con más dura saña.
Aquí Balcarce, y Alvarado, y Heras,
y Quintana sus fuerzas desplegando,
la rechazan al fin, y ocupan fieros
regado en sangre el campo de batalla.
¡Cuánto la patria os debe, héroes invictos,
en tan duro conflicto! Mas aún resta
otro y otro combate en que la Parca
ve a torrentes la sangre derramarse.
El aire rompen con silbido horrendo
las balas del contrario, el suelo cubren
cual lluvia de granizo conducida
en las alas del austro embravecido.
En la diestra el acero fulminante,
domina San Martín a la campaña
cercado de peligros y de muerte;

dueño de la Fortuna y de sí mismo,
su espíritu guerrero nada turba;
los ataques dirige, manda estragos,
como otro Jove que a la densa nube
reventar hace en rayos formidables.
¡Gracias, oh, fiero Marte! ¡Dios terrible:
en tal matanza tu sangrienta mano
la vida respetó del gran caudillo.
Todos los jefes su valor concentran
para el extremo decisivo impulso
con que envuelven y baten y acuchillan
a los fieros hispanos, que a la fuga
se dan o rinden, los soberbios cuellos.
Por todas partes gritos de victoria
de la lid en el campo ya resuenan;
el clamor sube hasta el sagrado Olimpo,
y se alegran los seres inmortales
del triunfo de la patria más glorioso.

La Fama al punto por el aire vago
sus alas desplegando, a las naciones
vuela a anunciar la memorable hazaña
del fuerte San Martín. Sí, jefe invicto,
ni Leónidas al frente de los bravos
que a Termópilas lleva, ni Milcíades
al Persa altivo en Maratón venciendo,
tuvieron el valor, y genio ardiente
que te inflamaba en la tremenda lucha.
Con tu égida has cubierto poderosa
la patria libertad; tú en adelante
serás llamado Aníbal argentino
que enseñaste la senda que conduce
de la inmortalidad al templo augusto:
en columnas de bronce, allá grabados

los nombres se leerán de los guerreros
que supiste llevar a la victoria
en los llanos del Maypo; siempre eterna
será en el continente colombiano
se San Martín la gloria esclarecida.

Y vosotras, oh, sombras inmortales,
que el fuerte heroico aliento habéis rendido
en el sangriento choque, más gloriosas
vais a vivir en los Elíseos campos
entre los libres de la antigua Atenas:
mirad de allá que del ejemplo vuestro
mil y mil combatientes han nacido,
que libertar la patria firmes juran,
o guerreando en sus ruinas sepultarse.

JOSÉ AGUSTÍN MOLINA

La jornada del Maypo por el presbítero doctor don José Agustín Molina

Octavas

Las armas de mi patria alegre canto,
sus combates, sus triunfos, sus victorias,
sus esfuerzos, su celo ardiente y santo
por romper las cadenas vejatorias,
que la han ajado y oprimido tanto.
¡Oh, quién para cantar sus bellas glorias
todo el estro tuviera que el Parnaso
en Virgilio encendió, sopló en el Taso!

Corría felizmente el año octavo
en que el Sud en América aspiraba
de la afrenta salir de humilde esclavo.
Un congreso en su seno se elevaba.
Dos generales, uno y otro bravo,
la gente de armas a su faz miraba.
Chile, por uno de ellos libertado,
se erige en nuevo independiente estado.

Un miserable resto de vencidos,
escapados por suerte en su derrota
de Chacabuco existen guarecidos
en un punto que el mar de un lado azota
y muros cercan de otro endurecidos.
Incierto su temor mil veces flota,
cuando se ven en su última trinchera,
por la gente forzados más guerrera.

Manda socorro Lima... Su tirano,

aquel que aborrecido íntimamente,
sin virtud, sin talentos, inhumano,
imbécil, nulo, débil, impotente,
esclavizar de nuevo piensa ufano
todo un inmenso heroico continente.
¡Pensamiento insensato! Vil Pezuela,
¿quién detendrá a la América que vuela?

Reforzados se lanzan del asilo,
que en Talcahuano halló su cobardía:
como una inundación, no ya del Nilo,
sí de un torrente asolador cubría,
su hueste las campañas que el tranquilo
agrónoma labraba noche y día;
marca de polvo un negro torbellino
de sus pasos la huella y el camino.

Pasan el Maule, avanzan. Siempre incierto
su ánimo, en Talca busca nuevo abrigo,
nada se teme más que el descubierto.
¡Despreciable, ridículo enemigo,
indigno del laurel marcial por cierto!
De la patria un campeón era testigo
de su número, clase, y movimientos,
tan tímidos y cautos, como lentos.

Al rumor de su marcha, a los primeros
avisos que se dan de su venida,
se avanzan a su encuentro bravos, fieros,
el alma en ardor bélico encendida,
del ejército patrio los guerreros,
San Martín a su frente, aliento y vida
de aquel robusto cuerpo, cuyos brazos
van a hacer del contrario mil pedazos.

Él arriba: su campo se establece
junto al adverso, bajo de sus ojos;
le aguarda, en su refugio permanente;
quince días en vano sus enojos
provoca y al combate se le ofrece;
es que trama un ardid que de sonrojos,
y confusión llenara a otros guerreros
que no fueran los ínclitos iberos.

La negra noche lóbrega extendía
sobre el mundo y los crímenes su manto,
tercera de la vil alevosía,
rival del proceder honesto y santo.
A su favor la floja cobardía
flaqueando toda, lánguida de espanto,
inspira a Osorio la afrentosa empresa
de emplear con su enemigo la sorpresa.

Temer la luz del Sol tan favorable
al valor verdadero, solo es dado
al español abyecto y miserable.
¿Qué militar, celoso de su grado,
no procura en la lid ser espectral?
¿Quién no se juzgaría deshonrado
de deber su ganancia o vencimiento,
a un golpe de traición, a un salteamiento?

Le sale bien, dispersa nuestra gente,
mas la suerte tal vez sirve al intento
mejor que los consejos del prudente.
“Es verdad, dice el héroe, que un momento
de descuido, o más bien un accidente que prevenir no pudo el más atento,
ha dado una ventaja transitoria
al tirano, mas nunca una victoria”.

Tranquilo, aunque afligido, da al soldado,
a todos un ejemplo de firmeza.

“¡Compatriotas!, he aquí nuestro dechado,
modelarse por él mucho interesa.

¿Por qué un suceso salga desgraciado,
desesperarse debe de la empresa?

¿Seremos a la patria menos fieles
si tal vez se marchitan sus laureles?

“¿Al pájaro medroso imitaremos,
que del árbol se vuela en el instante,
que agitado cual nave de los remos,
al impulso del viento está flotante?
A extremo riesgo, espíritus extremos;
digamos siempre en caso semejante:
encorvado está el árbol solamente
él volverá a erigirse nuevamente.

“No se ha perdido todo, remediada
la principal desgracia está en gran parte,
(prosigue el jefe de la fuerza aliada)
la capital es nuestra, y según arte
prontamente será fortificada:
ella será nuestro último baluarte,
nuestro sepulcro mísero y glorioso,
si no lo fuere del tirano odioso.

“Yo soy el que la guardo y la sostengo,
cerca de cuatro mil bravos conmigo,
para hacer la defensa última tengo,
mas sin dar nuevo ataque al enemigo
no volverán al punto que prevengo;
de su marcial ardor soy fiel testigo.

Corramos a las armas, ciudadanos,
escarmiente la patria a sus tiranos”.

Así habla en el contraste y mala suerte,
el ínclito del Sud (¡raro coraje!);
donde quiera de un alma grande y fuerte
tal es el noble enérgico lenguaje,
cuando amagada de la misma muerte,
a vista de los riesgos y el carnaje,
se sostiene en los brazos de su audacia,
y lucha varonil con la desgracia.

Engreído Osorio con el buen suceso
del diez y nueve, carga a toda prisa.
¡Insensato, no llesves al exceso
una gloria fugaz que se desliza!
te lisonjeó un instante el hado avieso;
ésta fue como la última sonrisa
para ti de la pérfida fortuna:
pronto la probarás bien importuna.

¡Cinco de abril! Tú viste finalmente
desplegarse en las márgenes o llano,
que fecunda el Maypú con su corriente,
el ejército patrio y el hispano.
El hierro de las armas reluciente
disputa al sol su brillo soberano;
con su son pavoroso los tambores
son de la muerte horribles precursores.

La fiereza, la cólera, el despecho,
la venganza, el orgullo en cada frente
(rebotando de lo íntimo del pecho)
están pintados respectivamente.

El general patricio satisfecho
ve el aparato bélico imponente,
por el momento ansiando de un combate,
de que pende de América el rescate.

Su corazón se aplaude muy contento
de encontrar en el campo de batalla
rivales dignos de su heroico aliento.
Donde siempre los quiso, al fin los halla
(¡Fruto feliz de su envanecimiento!),
sin parapeto alguno, sin muralla.
Vuelto a los suyos que arden de coraje,
les dirige en substancia este lenguaje.

“Ved ahí al enemigo, ved al godo
que perpetuarse intenta en nuestra tierra;
es necesario hoy día sobre todo
o vencer o morir en esta guerra;
de nuestra parte es santa en algún modo
pues la defensa natural encierra:
soldados, nuestra patria su esperanza,
su libertad vincula en vuestra lanza”.

Sobre un bruto veloz más que los vientos,
que fiero con su carga y vanidoso,
la tierra bate acaso en sus cimientos,
desafiando los riesgos animoso,
por sus bien ordenados regimientos,
corre de fila en fila presuroso.
A su lado se ven esos guerreros,
de su gloria y laureles compañeros.

Los Balcarce, los Heras, Alvarados,
los Quintanas, y cada comandante,

quienes cerca del héroe colocados
aguardan la señal, y en su semblante
descubrir, les parece, asegurados
la esperanza y presagio consolante
de un triunfo cierto grande ventajoso,
que de la patria el nombre hará glorioso.

Abatido entre tanto Osorio, inquieto,
la virtud en su pecho busca en vano
no la hallará sin duda en el aprieto
que no es el patrimonio de un tirano.
Su corazón feroz tiembla en secreto,
no esperando que el cielo le dé mano
favorable a sus armas, y propicia,
porque de ellas conoce la injusticia.

Al Dios de los combates invocando,
nuestro caudillo al fin al arma grita.
Cada hueste con paso igual marchando
sobre la otra a la vez se precipita;
tiembla el suelo y de polvo levantando
densa nube, su luz al cielo quita.
Alarmado el Maypú, todo medroso
atrás sus ondas torna presuroso.

Al ruido aterrador de los tambores,
de millares de voces al acento,
al rodar de los carros sonadores,
retumban hasta el mismo firmamento
los Andes de la lid espectadores.
A este horrisono estrépito violento,
del plomo destructor se une el silbido,
que va en la sangre a ser humedecido.

Por todas partes vuela el fatal hierro;
la pólvora, este don funesto horrible
de las furias, saliendo de su encierro
por mil bocas flamea inextinguible;
su explosión, que conmueve el bosque, el cerro,
forma una nueva tempestad terrible
de balas que, esparcidas a la suerte,
en toda dirección llevan la muerte.

Ya se ven los flotantes batallones
romperse y apretarse en el instante
para cubrir, por sabias precauciones,
los claros que abre el bronce fulminante.
El trueno cesa ya de los cañones;
la bayoneta, el sable centelleante
suceden en su vez, que muy más duros,
de cerca lanzan golpes más seguros.

Sus gritos el dolor traga y sofoca,
la muerte es desde aquí feroz y muda.
El silencio en su obsequio allí coloca
su imperio, para hacer la lid más cruda.
Nadie suspira, nadie abre la boca,
por no causar a su rival sin duda,
la alegría de oír (extraña cosa)
los ayes de una queja vergonzosa.

Una bravura igual, hizo dudoso
el combate hasta entonces: la Victoria
volando incierta sobre el ominoso,
ensangrentado campo de la gloria,
de uno y otro partido valeroso
pesaba la constancia meritoria
y en la sangre que en ondas circulaba

de ambos lados sus alas empapaba.

Ángel que aquel combate presidías,
genio exterminador, que lo inflamaste,
¿de cuál héroe, por fin las valentías
con el lauro del triunfo coronaste?
¿Cuya causa de lo alto protegías?
¿En qué partido la justicia hallaste?

¿Hacia qué lado, exenta de venganza,
se inclinó de los cielos la balanza?

Largo tiempo, cinco horas, el patricio,
y el godo defendiendo y atacando
se disputan el campo. Al fin propicio
se declara el Eterno a nuestro bando.
Sobre un carro de luz, brillante indicio
de la beldad que en él viene triunfando,
hiende los aires y a la tierra baja,
la que nos ha obtenido la ventaja.

Ésta es la reina de ángeles y de hombres
del universo entero la Señora,
dulcísima y terrible (no te asombres)
pues de hueste ordenada y bella aurora
la da divino espíritu los nombres;
ésta es de la nación la protectora,
a quien Chile no solo con devotos
afectos invocó, mas la hizo votos

Es María. ¡Gran madre!, a Dios la gloria,
pero de un corazón reconocido
a vos hoy consagramos la memoria.
Si nuestro brazo fue fortalecido,

si alcanzó su denuedo la victoria
obra de vuestro amparo todo ha sido.
Bendita seas, oh, Judit sagrada,
por quien se ve la América salvada.

Ya el padre sol, que de sus hijos
caros la intrepidez gozoso presenciaba,
templando de su luz los rayos claros,
del zenit a su ocaso declinaba
cuando el furor audaz de los avaros,
a quien la rica presa enajenaba,
cansando de lidiar sucumbe, cede,
ve que nuestro valor al suyo excede.
El espanto, el terror y aturdimiento
de su tropa alarmada se apodera,
pasa de fila en fila en un momento,
se extiende a toda su falange entera.
Aquí arrojan el bélico armamento,
allí abaten al suelo su bandera,
corren, se chocan, jefes y soldados
atónitos, confusos, desolados.

Aquél no manda, éste otro no obedece;
al feliz vencedor todos rendidos,
cual prisionero a discreción se ofrece,
cual temblando los ojos abatidos,
se arrodilla a sus plantas y las mece.
Cubren miles de muertos y de heridos
el campo del Maypú, que no presenta
más que derrota, confusión y afrenta.

Osorio, el orgulloso, el fiero Osorio,
que su gobierno intruso y usurpado
sobre aquel delicioso territorio

con sus violencias solo había marcado;
este hombre, que en un crédito ilusorio
venía vanamente esperanzado,
viendo su altiva presunción domada,
se abandona a una fuga apresurada.

El miedo, no ya pies le da para ella,
sino alas con que vuela más que una ave,
o con la rapidez de una centella
a ocultar su vergüenza y pena grave.
Acusa a España, quéjase a su estrella,
¿dónde hallará refugio? No lo sabe.
Osorio, Osorio enseña a los tiranos
a respetar los pueblos soberanos.

El español ejército altanero
de este modo inaudito, sometido,
deja en el campo del combate fiero,
triunfante, airoso, de laurel ceñido
al valiente fortísimo guerrero,
al jefe de la patria esclarecido;
quien, desde el seno del honor y gloria,
se apresura a anunciar tan gran victoria.

¡Salud, mi dulce patria, una y mil veces,
salud, por el mejor de tus sucesos!
¡Cuánto con él te afianzas y estableces!
¡Cuán rápidos serán de hoy tus progresos!
Del mundo el fallo a tu favor mereces,
pues no solo convictos, mas confesos
dejas a tus tiránicos rivales
de las naciones en los tribunales.

Nuevo estado de Chile soberano,

pueblo eminentemente valeroso,
acaso superior al espartano
en virtud, en heroísmo generoso,
tan noble y liberal, como cristiano;
tan bravo, como pío y religioso;
de los pueblos del Sud digno modelo,
¡suba tu gloria a la región del cielo!

¡San Martín! A tu nombre se arrodilla
de respeto mi voz, calla de pasmo:
su expresión es muy débil, muy sencilla
para tu napoleónico entusiasmo.
El Sud te aclama; el godo se te humilla,
en su boca no se oye ya el sarcasmo.
Ya no somos rebeldes e insurgentes,
gracias a tus victorias eminentes.

¡Sombras de los Muñecas, los Lucenas,
de los Díaz, Villegas y Beldones,
que con la ilustre sangre de sus venas,
llenaron nuestra era de blasones!
¡Sombras amadas!, ¡mil enhorabuenas!
En Chile han perecido los tiranos,
vuestrós laureles dieron ya su fruto;
recibid de venganza este tributo.

Extasiense por fin los corazones
en toda la extensión del Mediodía;
sus pueblos todos, todas sus regiones
resuenen con los gritos de alegría.
Con mil vivas y mil aclamaciones.
Júntese la elocuencia a la poesía,
y eternicen de acuerdo con la historia
de la mayor jornada la memoria.

